

PROBLEMAS HUMANOS EN LAS ZONAS SUB-URBANAS DE BOGOTA

Dr. IRENEO ROSIER

I—INTRODUCCION

Una ciudad no es sólo un conjunto de casas, tiendas, teatros, industrias, calles y parques. Tampoco es una aglomeración de gentes. Una ciudad es, en primer lugar, una realidad social, o sea, una realidad humana. Hay que saber ver al *hombre* a través de las cifras de productividad, de los procesos económicos. Los hechos y las situaciones físicas que son el aspecto externo de un pueblo, y las estructuras y relaciones las cuales conforman las instituciones, cobran su significado social por su referencia a seres humanos y grupos de hombres. Esta realidad humana es una realidad "viva" y "vivida". Por eso los hechos, las situaciones, las relaciones y los acontecimientos ponen en evidencia su significación completa por medio del dinamismo de la vida social, en la medida en que se estudian como "vivididos", experimentados o sufridos. Por ejemplo, si sabemos que en Bogotá existía en el año de 1963 un déficit de 69.318 viviendas¹, tenemos que darnos cuenta del sufrimiento o de la frustración humana que se puede sos-

pechar detrás de esta cifra. Sin embargo, el simple imaginárselo no basta para tener un conocimiento cabal de la realidad. Un estudio completo de una realidad humana no puede contentarse con estadísticas de hechos externos, sino que tiene que basarse en un contacto inmediato con la gente que vive tales situaciones, para que las cifras tengan una voz humana.

Claro es que cada conocimiento del ser humano, aunque aspire a superar las ideas y experiencias confusas de la vida cotidiana y a lograr un nivel científico, jamás constituirá un conocimiento exhaustivo. Esto vale para el conocimiento de un solo individuo y aún más para la convivencia de mucha gente. Pero dentro de la modestia a que nos obliga el respeto por la abrumadora realidad humana, se puede llegar a observaciones y reflexiones objetivas posibles, dejando a cuantos son capaces de corregir la imagen o matizarla más, la tarea de contribuir con su talento a una comprensión más profunda o más completa de la problemática humana.

Podemos preguntarnos si la enumeración, la descripción de las cosas que objetivamente se encuentran en una ciudad y el registro de los acontecimientos que se suceden, nos permiten conocer el

¹ Instituto de Crédito Territorial: *La demanda de vivienda en los programas del ICT y las condiciones socio-económicas de los solicitantes*, 1964, pág. 27.

“mundo del hombre”, el mundo humano. Tenemos que contestar negativamente. Para conocer el mundo humano no debemos estudiar las cosas en sí mismas, sino en relación con el hombre. Por tanto, no podemos considerar una casa como un conjunto de cuatro paredes con un techo, sino como una construcción dentro de la cual los seres humanos tienen que poder realizar sus aspiraciones de vida íntima, sus necesidades personales y eventualmente recibir a otras gentes.

Las cosas contienen un carácter sugestivo, atractivo. El hombre entiende esta atracción de una manera personal. Puede corresponder a esta atracción o no y lo hace a su propio modo. Una silla “atrae” al hombre cansado. Un sillón es un símbolo de descanso que nos espera después de un día muy cargado de trabajo. El apartamento que un empleado alquila se convierte en “su” apartamento. Lo que antes era uno de los muchos apartamentos de la ciudad, ahora se ha transformado en “su hogar”. Las cosas poseen un significado determinado universal y un significado particular para cada individuo. Y es el hombre mismo quien les da esta significación particular. Si un hombre de buen gusto estético y acostumbrado a su propio ambiente confortable ve las barracas y tugurios de los pobres, puede ser que sienta aversión. Sin embargo, no es cierto que los pobres sientan lo mismo por lo que, eventualmente, han construido en una sola noche. El mundo emotivo de los pobres es todavía una realidad bastante desconocida por los que están al otro lado de la barrera.

El hombre llena el mundo de planes e ideales, de sentimientos y recuerdos, lo envuelve de intenciones determinadas, tiene ciertas expectativas de él y acepta o rechaza sus atracciones. A éste lo podemos llamar el mundo “significativo” del hombre. Esta imagen subjetiva del mundo no se determina de una manera totalmente individual, sino que exhibe rasgos similares para los grupos sociales

que experimentan su situación social y cultural de una manera semejante. Así, la imagen que la gente humilde tiene de Bogotá difiere de la de la clase media y alta. Por consiguiente, si queremos comprender la ciudad desde dentro, tal como es vivida por sus propios habitantes, tenemos que conocer estas diversas imágenes colectivas.

Dado el hecho que existe una diferencia notable entre la imagen que del mundo tiene la gente rural y la ciudadina, es inevitable que en el gran número de inmigrantes campesinos se efectúe un cambio psíquico al llegar a la metrópoli. Un cambio, que en efecto, constituye un desarraigo mental codeterminado por problemas económicos y habitacionales totalmente distintos a sus problemas campestres anteriores.

Debido a estos inmigrantes, que constituyen la gran mayoría sub-urbana de la población de Bogotá —y cuyo número se ha duplicado en diez años a causa de una afluencia continua de campesinos en las últimas décadas— la ciudad ofrece rasgos psíquicos muy particulares. Mejor dicho, la ciudad se ha dividido en dos partes que apenas si se conocen entre sí: el Bogotá pobre y el Bogotá próspero. Esto se confirma con la observación de una persona entrevistada: “Es una ciudad dividida, discutiblemente. Una ciudad pobre y una ciudad rica. Al norte una y otra al sur, dividida por un muro como el de Berlín, que es la Jiménez de Quesada. La ciudad se divide en dos partes que se desconocen por completo”. Claro está que esta falta de conocimiento recíproco no se refiere a la apariencia externa de la ciudad.

En la imagen que el ser humano tiene de la vida, también el pasado y el futuro están implicados de un modo particular. El pasado no tiene sólo significado e influencia como una sucesión de datos objetivos, que continuamente cambian y se desarrollan y que han creado un número de condiciones efectivas en las cuales la gente de nuestro tiempo vive.

El futuro no es sólo un conjunto vago de posibilidades y probabilidades objetivas que se dejan pronosticar científicamente hasta cierto punto. El pasado y el futuro del pueblo colombiano son elementos del "ahora". Son constitutivos de su manera de contemplar y experimentar su país, su continente y el mundo. El colombiano, como cada ser humano, siente el pasado subjetivamente en relación con su posición en el ahora, en relación con su sentimiento social o su falta de sentimiento social y en relación con su valoración del ambiente en que vive. "El pasado" significa para un grupo: horarios largos de trabajo en el calor ardiente del sol tropical, obediencia incondicional al patrón, total dependencia económica de un terrateniente, satisfacción elemental de exigencias vitales, ausencia completa de educación escolar y aburrimiento y descontento sucesivos en la medida en que se divulga por los campos toda una serie de cuentos fabulosos sobre la atracción y el encanto de las ciudades. Para otro grupo "el pasado" significa: libertad de acción, ser patrón, ser dueño de sus tierras y sus gentes, practicar filantropía y cosechar gratitud servil.

De esta manera se pueden matizar más tipos de "pasado" según las diversas agrupaciones de la población colombiana. Lo que aquí se quiere acentuar exclusivamente es que el pasado constituye un fondo social policromo, colectivo y personal de la vida momentánea y que, igualmente, realiza un papel en el "ahora" de la misma manera como lo hace el futuro, en el cual se ve un horizonte de expectativas, distinto para cada estrato de la sociedad.

El hombre está "afectiva" y "emotivamente" implicado en el mundo. Procura cambiar su ambiente de acuerdo con su situación vital. Esto quiere decir que el mundo de las cosas tiene un significado y una coherencia personales y colectivos tanto para el individuo como para el grupo al cual pertenece. Lo mismo vale para las perspectivas del futuro,

vistas según esta persona y según este grupo.

Una ciudad se muestra cada vez de manera distinta, en la medida en que uno cambia de sitio. Esto no se refiere sólo al panorama externo sino también a la vida cotidiana. En la medida en que la actitud mental y la situación de la persona o del grupo difieren, los detalles de la vida diaria se presentarán en una forma distinta y variarán de color. Es esta ciudad, tal como es vista y vivida, donde la gente vive y según la cual actúa, a la que uno tiene que tratar de acercarse, si quiere entender mejor las tensiones, las emociones o las expectativas de los ciudadanos. Lo cual quiere decir que en el presente estudio hacemos predominar el punto de vista psicológico y los métodos psicológicos de investigación. Será una reflexión psicológica sobre la realidad bogotana, aplicando a ella lo que la psicología social puede aportar para una comprensión mejor de los hechos.

Este estudio ha sido efectuado en colaboración con numerosos trabajadores sociales y con estudiantes de la Universidad Nacional que necesitaban del contacto con la vida real para su propia formación científica. La observación clínica de los colaboradores ha sido complementada mediante entrevistas abiertas y no dirigidas (non-directive interviews) con personas de todas las capas sociales de Bogotá. Por su carácter mismo, es imposible reunir el contenido de estas entrevistas en cifras que correspondan a respuestas positivas o negativas de preguntas formales. En vez de utilizar las técnicas de los cuestionarios pre-establecidos, hemos preferido escuchar sencillamente cómo se piensa en las varias capas de la ciudad sobre la problemática humana de la vida urbana y eventualmente sobre el país como tal.

Sin embargo, dentro de todos los matices de observación, se han mostrado apreciaciones, quejas y deseos comunes que obligan a las respectivas autoridades competentes a reflexionar seriamente. A

estas reflexiones hemos querido contribuir desde el punto de vista psico-social.

El conjunto de este estudio quiere dar sólo una imagen ilustrativa de la problemática de Bogotá, una imagen que mediante ampliaciones ulteriores y con ensayos más detallados, pueda matizarse, corregirse y profundizarse cuando el tiempo y los medios de investigación lo permiten.

II—RASGOS PSICOLOGICOS DEL MUNDO OBRERO BOGOTANO

1. *Historia y actualidad.* *Movimiento horizontal.*

Los sondeos en la población obrera de Bogotá demuestran claramente que el mundo obrero de la ciudad en su gran mayoría es de origen campesino o nacido en Bogotá pero de padres campesinos. Esta gente proveniente del campo, con sus hijos eventualmente nacidos en la ciudad, tiene una actitud de vida y una mentalidad muy propias. Salta a los ojos una especie de modestia y timidez con respecto a sus jefes y representantes de clases superiores y una tendencia hacia la inercia en cuanto a su trabajo. La solidaridad horizontal con su propia clase es muy débil. Una conciencia de clase se encuentra, hasta ahora, sólo en una pequeña vanguardia. Esto es fácil de comprender. Las grandes distancias en el campo y el consiguiente aislamiento humano jamás han desarrollado en esta gente una "apertura" hacia el contacto social, excepción hecha de algunos placeres que surgen como compensación de la soledad humana. Una mentalidad que durante cuatro siglos se ha arraigado en el modo de vivir de la gente del campo no se cambia por completo por una inmigración. No se cambia durante una o dos generaciones, particularmente a causa de que la migración hacia la ciudad ha sido un fenómeno masivo, capaz de mantener un clima humano distinto al de las características

consuetudinarias propias de los ciudadanos.

Se puede explicar la modestia y la timidez de la gente humilde con respecto a las clases superiores como un residuo de frustración humana que se efectuó en el pasado a causa de una dependencia completa de estas gentes de sus patronos. Dependencia que no les dejó muchas posibilidades de tomar iniciativas propias o de desarrollarse económica y culturalmente.

La palabra "frustración" puede sonar un poco dura para los que conocen esta gente en su vida y trabajo cotidianos del campo. En vez de frustrados parecen más bien contentos o resignados, amables y serviciales y, en conjunto, buenos como el pan. Ciertamente no es una frustración consciente sino algo semejante a la vida de los campesinos de Rusia y España antes de la revolución en esos países: objeto relativamente fácil para los demagogos que saben apelar a la aspiración, tan inconsciente como la frustración, en pro de la autorealización.

Dado el hecho de que ningún ser humano nace frustrado o siervo, sino que aspira al despliegue de sus aspiraciones innatas hacia la felicidad, tanto la frustración como la servidumbre originan un psiquismo inconsciente de compensación o sublimación con respecto a condiciones de vida inevitables e impuestas desde fuera.

Para hacer su vida digna y aceptable —por autoprestigio— el pobre, en su dependencia completa del patrón, comienza a idealizarlo hasta llegar a una especie de idolatría patronal. "Si el patrón es tan rico, poderoso, inteligente, etc., es un honor para mí poder servirle". Tal psiquismo crea una actitud que no es más que una sublimación de la servidumbre. De hecho, la palabra "patrón" se ha vuelto en Latinoamérica una palabra mágica, que significa mucho más para la gente humilde que las palabras "excelencia" o "eminencia". Colombia ha participado de este clima humano y los residuos de esto se notan todavía

en la gente humilde. Los patronos, por su parte, se han dejado ilusionar por este "culto patronal" llegando a una inflación de su autoridad. Todo ello ha creado un clima humano, un cuadro social, en el cual el mandar y decidir autoritariamente y el obedecer ciegamente y sin muchas críticas es un fenómeno corriente.

Este encuentro entre la "dependencia" del campesino y la autonomía del ciudadano, aunque ambos conceptos tengan que ser interpretados con bastante relativismo, que se efectúa en Bogotá a causa de las grandes inmigraciones en las últimas décadas, tiene consecuencias para las grandes empresas. Por ejemplo, se puede notar que los obreros que trabajan por primera vez en una industria y provienen de familias campesinas con tradición patriarcal y autoritaria muy fuerte, aprecian mucho una conducta "paternal" de su capataz y autoritaria de su patrón. En cambio, los obreros de la ciudad, que ya han trabajado generación tras generación en la industria —un fenómeno escaso en Colombia— se rebelan contra cada gesto paternalista, lo que se puede comprender como un efecto del movimiento de emancipación que se dirige contra la autoridad patriarcal. Sin embargo, la introducción paulatina, no brusca, de una atmósfera democrática en las empresas, la superación del paternalismo mediante una educación profesional y un desarrollo de la autoresponsabilidad, serán tareas importantes de los empresarios, si saben tener ojo para los síntomas del tiempo en que viven.

Puede parecer que las características de "modestia" y "timidez" señaladas arriba contradigan el espíritu revolucionario que se nota momentáneamente en la gente pobre latinoamericana o que se desmientan por lo que podría llamarse la emancipación obrera en Colombia. No obstante, observando bien se descubre una falta de madurez humana tanto en el movimiento revolucionario como en el de emancipación obrera. La entre-

ga ciega a la autoridad de los patronos se ha sustituido parcialmente por una entrega ciega a los demagogos, a los jefes sindicales, a los jefes industriales. Todavía no se ha llegado a una toma de posición bien arraigada e integrada en la conciencia de la gente humilde, con respecto a las posibilidades sociales, industriales y económicas y tampoco con respecto a una democracia madura, matizada, equilibrada y vivida. La cohesión de la clase obrera no da la impresión de ser una coherencia horizontal de comunión de ideas o convicciones, sino una cohesión vertical de entrega a sus autoridades momentáneas, como anteriormente fue y todavía es el caso con respecto a sus patronos.

Es urgentísimo darse cuenta que estos rasgos, determinados por el pasado, están por cambiarse rápidamente. No sólo a causa de influencia de determinadas demagogias, de cambios estructurales sociales, etc., sino también a causa de emergencias económicas que difieren de la miseria o pobreza permanentes de la época pre-industrial y pre-democrática, las cuales implicaban una seguridad sobre un bajo nivel muchas veces más grande que la de la movilidad momentánea, en la cual, para muchos pobres, no hay otras posibilidades de mantenerse en la vida sino mediante una práctica asocial y humanamente degenerativa: la delincuencia.

2. La inadaptación psíquica del mundo de los pobres a las exigencias de la gran industria.

Generalmente las gentes humildes que emigran del campo a Bogotá tienen poca o ninguna madurez de juicio crítico con respecto a los problemas sociales y económicos de la ciudad, del país y aun del mundo. Esto se puede escuchar en su rencor contra el gobierno que, según ellos, "no hace nada y piensa sólo en los ricos". Este simplismo de juicio se extiende también a otras instituciones, de cuyo trabajo real no tienen la menor idea. Tampoco tienen suficiente prepa-

ración para el trabajo industrial y en el caso de que este trabajo exija solamente un aprendizaje muy breve, carecen del espíritu industrial que el ritmo de trabajo moderno exige. Les falta el carácter social apropiado y necesario para la vida de la ciudad y para el trabajo industrial. Su carácter social es todavía muy amorfo, elemental y desadaptado a los problemas de la vida moderna. Dice Eric Fromm²: "La función del carácter social consiste en moldear las energías de los individuos de la sociedad de tal suerte, que su conducta no sea asunto de decisión en cuanto a seguir o no seguir la norma social, sino asunto de querer obrar como tienen que obrar, encontrando al mismo tiempo placer en obrar como lo requiere la cultura. En otras palabras, la función del carácter social consiste en moldear y canalizar la energía humana dentro de una sociedad determinada a fin de que pueda seguir funcionando aquella sociedad.

La sociedad industrial moderna no habría alcanzado sus fines si no hubiera exigido la energía de los hombres libres para trabajar con una intensidad sin precedentes. Había que convertir al hombre en una persona ansiosa de emplear la mayor parte de sus energías en trabajar, que adquiriese hábitos de disciplina, especialmente orden y puntualidad, en grado desconocido en casi todas las demás culturas. No habría bastado que cada individuo tuviera que decidir conscientemente todos los días que quería trabajar, ser puntual, etc., ya que tal deliberación consciente conduciría a muchas más excepciones de las que podría soportar el buen funcionamiento de la sociedad. Ni habrían bastado como móviles la amenaza y la fuerza, ya que las tareas sumamente especializadas de la sociedad industrial moderna a la larga sólo pueden ser realizadas por hombres libres y no por un trabajo for-

zado. La *necesidad* de trabajar, de puntualidad y de orden tuvo que transformarse en un *impulso* interior hacia esos fines. Esto quiere decir que la sociedad tuvo que producir un carácter social al que fuesen inherentes esos impulsos".

La mentalidad arcaica, primitiva o sencillamente rural mantiene a las gentes humildes al margen de la vida de la ciudad. El trabajo sencillo que pueden encontrar no les procura los medios suficientes para vivir decentemente y, por otro lado, su falta de preparación y de adaptación obstaculiza el desarrollo industrial mismo. El desarrollo rápido de la industria se frena por la falta de un mundo obrero capaz de corresponder a las exigencias de ella. Se presenta aquí un círculo vicioso. La inmadurez psíquica de la gente sencilla la mantiene en su subdesarrollo económico y el subdesarrollo económico la mantiene en su inmadurez psíquica.

La necesidad de especialización del obrero es evidente. Pero la emancipación humana no depende sólo de esto. Si prescindimos aquí de la necesidad de mejorar sus condiciones económicas y materiales, tenemos que acentuar que su educación debe abarcar más que una mera formación profesional. Creemos que una emancipación obrera implica una educación global en todo lo que concierne a la vida moderna. Sólo mediante un juicio maduro y matizado de la población, puede una democracia realizarse en el pleno sentido de la palabra. La misma madurez psíquica desarrollará la productividad, el bienestar de un país y significará una emancipación del mundo obrero desde dentro.

Ahora bien, la inmadurez de juicio crítico y la falta de toma de conciencia no sólo hacen que estas gentes sean objeto fácil de explotación sino que también los convierte fácilmente en víctimas de demagogias sindicales y políticas. La inmadurez humana constituye una amenaza continua a la estabilidad industrial y social. Si la falta de criterios maduros se aumenta por los falsos criterios de los

² ERIC FROMM: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. México. Fondo de Cultura Económica, 1960, pág. 74.

demagogos, las huelgas injustificadas y emocionales pueden ser causa de un desastre para el país.

3. *La manera de ser de los pobres.*

Nos parece que hay sobrantes razones para admirar el coraje de vida de los que no tienen otra cosa a su disposición que su sola fuerza física de trabajo y que no cuentan con ninguna reserva económica fuera de aquélla. No sólo no tienen ninguna reserva sino que muchas veces carecen de espacio para vivir de una manera elementalmente humana.

“En un rancho de una sola pieza se quedan los esposos y cinco u ocho hijos, dando origen a problemas morales dentro de sus propios hijos, cosa muy común y generalizada” (Trabajadora Social).

Esta es la fachada externa del hambre y de otras deficiencias primarias.

“El hombre colombiano promedio consume menos de 2.500 calorías y menos de 30 gramos de proteínas de origen animal, es decir, tiene hambre. Hay que vestirlo y hay que darle el techo bajo el cual pueda guarecerse. Es lo mínimo que reclama el hombre y exige su dignidad en el mundo de hoy, aquí y en todas partes” (Profesor universitario).

Alojar, alimentar y vestir no en forma de beneficencia sino creando ocasiones de trabajo en las cuales el hombre pueda alcanzar su autorrealización.

En nuestro contacto con el mundo obrero bogotano nos ha llamado la atención que la conciencia de clase entre estas gentes es relativamente débil. Los sindicatos todavía no son una prueba de lo contrario. Sirven más bien intereses personales y en el caso de que se esfuerzan por solucionar problemas colectivos, tal tentativa está fuertemente coloreada por un dirigismo sindical. En conjunto, lo amorfo de la clase obrera salta más a la vista que su cohesión militante, aunque ésta probablemente se intensificará rápidamente. También nos parece que

huelgas ocasionales y particulares apelan más a un descontento colectivo que a una conciencia de clase y que no se tienen que identificar las dos cosas. Lo que más caracteriza al bogotano pobre es el hecho de que no ha podido desarrollarse completamente y que es un individuo inferiorizado. En cuanto a esos aspectos quisiéramos reflexionar sobre la problemática de vida de la parte pobre de Bogotá, mediante las observaciones que la psicología social ha realizado en situaciones similares.

A) *La vida personal de la gente pobre no está bastante desarrollada.*

La educación y más generalmente la vida social, tienen como fin la conservación y el desarrollo de la personalidad humana en todas sus dimensiones. Ordinariamente las condiciones de vida de la gente pobre, hacinada en inquilinatos, no llenan este fin y conducen, por el contrario, a resultados opuestos. Esas condiciones de vida, empeoradas por bajísimas ganancias, tienden a deshumanizar y despersonalizar. El pobre, ordinariamente, no es un hombre desarrollado, porque no ha podido desarrollar y realizar sus potencialidades. Esto se puede averiguar en las diversas dimensiones de la persona.

1. *Influencia del ambiente.*

Las deficiencias con respecto al nivel cultural de la ciudad —determinado por una minoría— no implican que el pobre esté inferiorizado bajo todos los aspectos. La gente humilde colombiana vive en una proximidad impresionante con la naturaleza y está profundamente arraigada a valores humanos originarios. Esto se nota en su pronta respuesta y entrega a una comprensión afectiva de parte de otros. Muchísimas veces hasta en el libertinaje sexual no es la inmoralidad o la perversión la que predomina sino más bien el ansia de calor humano, un escape a la frustración por la

soledad humana que impone duras condiciones de vida al hombre inerme. Hasta se nota una vida en la proximidad de Dios, una proximidad que yace en el fondo de sufrimientos continuos que relativiza todo lo mundano y que compensa la ausencia de consideración social.

Sin embargo, esta proximidad de valores humanos originarios y auténticos no significa que la persona humana haya desarrollado sus capacidades. Para tener una vida propiamente personal se supone que la persona posea bastante unidad e identidad personales, junto con una independencia e individualidad apreciablemente elevadas. Estas condiciones se realizan muy poco o muy mal en muchos barrios de la periferia de Bogotá y aun en barrios más hacia el centro, cuyas fachadas anticuadas o sencillamente pobres no son indignas en sí mismas, pero cubren muchas veces la miseria de un hacinamiento humano no menos alarmante que el de los tugurios.

Ahora bien, es un fenómeno psicológico universal que la persona humana no está separada de su ambiente por un abismo y que sólo personalidades suficientemente fuertes son capaces de superar el ambiente con sus propios talentos. Persona y ambiente no están uno frente a otro como categorías cerradas sino que, vistos psicológicamente, constituyen una unidad vital. Esta unión con el ambiente no se refiere sólo a relaciones de afecto o aversión inter-personales, sino también a sentimientos conexos con situaciones materiales. Generalmente el ambiente "contagia" a la gente y la posibilidad de superar este contagio es particularmente pequeña en el pobre. La "influenciabilidad" mediante la cual el individuo, por así decirlo, participa en una corriente de sentimientos y pasiones, se manifiesta en sumo grado en la masa. No sólo en la masa compacta durante una manifestación pública, sino también en aquella masa amorfa de pobres que, sin reunirse, tienen todas idénticas cualidades en común. El pobre asi-

mila su ambiente. La condición de su vida marca con rasgos comunes tanto a los hombres como a las mujeres, a los jóvenes como a los niños. Su ambiente es como un organismo que les transforma o como un país que absorbe inmigrantes. Los obreros constituyen un conjunto bastante homogéneo, de modo tal que se ha podido hablar de "masas obreras". Nadie ha pensado, en cambio, en la posibilidad de hablar de "masas patronales"³. Un pobre verdadero, antes que tener una actitud personal, es, más bien, miembro de la pobreza. Ya desde la niñez es así. Muchas veces la herencia del niño pobres es, de por sí, pesada y su nacimiento tal vez sea difícilmente deseado. Desde su cuna —si la tiene— está envuelto en las preocupaciones humanas más elementales. La vida absorbe demasiado su ambiente inmediato como para poder prestar mucha atención al niño recién nacido. No se tiene tiempo ni ganas de "jugar" con él. La infancia del niño pobre ordinariamente es una infancia sin una verdadera alegría. Al menos no lo es en las aglomeraciones pobres de la ciudad.

La pertenencia a la clase obrera imprime en el alma de estas gentes determinados rasgos que se originan desde su nacimiento y que continuamente se profundizan.

2. Antinomias en la mentalidad del pobre.

Una vida propiamente personal supone una unidad e identidad interior del alma humana. Sin embargo, la gente pobre ordinariamente no logra esta unidad interior. El pobre es un conjunto de antinomias sucesivas. Esta gente puede tener un orgullo maravilloso pero al mismo tiempo sufre de un complejo de inferioridad, particularmente en el anonimato de los pobres de una gran ciudad. El pobre es rudo pero a pesar de

³ Cr.: J. WILBOIS: *La nouvelle organisation du travail*. "Cahiers Nouvelle Journée", N° 36. Bloud et Gay, Paris, 1957, pág. 14.

ello es muy emotivo. Puede ser un izquierdista y un revolucionario intrépido y, sin embargo, habla con afecto de su "viejo patrón". Es escéptico, pero, de repente, pasa del escepticismo a la credulidad con respecto al que ha sabido seducirlo. Tal vez critica vehementemente a los delegados o a los jefes de los sindicatos y, con todo, los elige de nuevo. Se muestra revolucionario y prácticamente es muy dócil. Lucha por la justicia y al mismo tiempo comete injusticias en su trabajo (hay explicaciones psicológicas y justificaciones morales de este fenómeno). Quizás lucha por la igualdad y simultáneamente consiente con facilidad en las desigualdades de las cuales puede aprovecharse. Se queja de la insuficiencia de los sueldos y de la falta de reservas, pero cuando recibe una gratificación la gasta con facilidad en absurdos⁴.

Otro aspecto del subdesarrollo de la vida personal es la inestabilidad del pobre. En primer lugar está la inestabilidad de trabajo. En Bogotá hay más oferta de mano de obra que demanda. Además, la mayoría del mundo obrero bogotano tiene pocas calificaciones profesionales y técnicas. Son los obreros en los cuales los empresarios tienen menos interés. Los licencian según las circunstancias y según sus cálculos personales, muchas veces no queriendo obligarse a ninguna prestación social con respecto a los que en último análisis consideran que les sirven muy poco. Para los pobres muchas leyes sociales se quedan en el papel. Permanecen pobres e inermes a pesar de todo. La desocupación y las crisis económicas los convierten continuamente en vagabundos.

A esta inestabilidad material se añade una inestabilidad psíquica. En el ambiente de los pobres se cambia fácilmente de opinión. No tanto con respecto a los valores más profundos de la vida, sino con respecto a lo que se presenta en

la vida pública. Se desmoralizan por golpes sin importancia y de vez en cuando dejan, por razones intrascendentes, a sus jefes y, más fácilmente, a sus benefactores.

Los pobres de Bogotá, como los de tantas otras ciudades grandes, son inestables porque no se les ha dejado encontrar un sitio y porque no se les ha dejado un lugar para instalarse.

Otros aspectos del alma del pobre son su dependencia y pasividad. El pobre "actúa", sin duda, en su lugar de trabajo —si lo tiene—. Pese a ello, son otras personas (el jefe de la empresa, los ingenieros, los capataces), los que eligen y deciden por él. Su profesión, si es que la tiene, le ha sido más bien impuesta por las circunstancias que no por su propia preferencia. Se asimila al trabajo cotidiano como una necesidad vital y familiar.

El horario de trabajo, los compañeros, el comportamiento de los demás, el ritmo, la forma y materia del trabajo son más bien soportados. Esta pasividad con respecto al trabajo aumenta en la medida en que es mayor la distancia hacia la especialización profesional. Todo esto se opone a la espontaneidad del hombre que desea actuar por sí mismo. Es una continuación del pasado en el cual el pobre tampoco tenía muchas posibilidades de iniciativa.

Esta pasividad bastante exterior sella durante el día y todo el año la conciencia misma del individuo y desemboca en la eliminación de toda especie de iniciativa personal.

Puede parecer que la dura lucha por la vida sea algo contrario a la pasividad. Claro está que no queremos negar la actividad en la vida de los pobres, pero estas actividades sirven a la subsistencia misma y no a la superación de sus condiciones de vida. Salta a los ojos que la preocupación de las clases altas por la pobreza de sus conciudadanos es impresionante. El egoísmo duro e infrahumano de algunos empresarios, que sólo piensan en enriquecerse sin ninguna

⁴ Cf.: PH. DE SOIGNIES: *Culture et milieux populaires*. Casterman, Tournai. Sin fecha, págs. 47-69.

preocupación social, no es representativo del país. Sin querer dudar en lo más mínimo de las mejores intenciones de todas las iniciativas privadas, sería deseable que toda esta energía de preocupación sincera tomara más en cuenta aquello que sirva más profundamente a la emancipación social de los pobres. Pues a la pasividad ya mencionada de los pobres se añade la pasividad que resulta de una "beneficencia", "asistencia" y "seguridad social" necesarias pero psicológica y existencialmente peligrosas. Este tipo de beneficencias, asistencias y seguros eliminan sufrimientos grandes de las familias pobres si no se limitan a la organización de fiestecillas en ocasiones memorables. Sin embargo, acostumbran al pobre a adoptar una actitud de "recibir", de esperar de otros la solución de sus problemas, impidiendo, así, que prepare su propio futuro. Por otro lado, ¿con qué medios podría hacerlo? La preocupación de la iniciativa privada y de la administración pública —de carácter psicológico anónimo— se encarga siempre más de sus problemas. Si se hace esto, sin dejar ampliamente una voz propia al pobre mismo, éste no tendrá otra posibilidad que convertirse en un perpetuo amparado.

Determinadas grandes empresas paternalistas, equipadas con múltiples y amplios servicios sociales, aumentan, en efecto, esta pasividad del pobre fuera de la fábrica, por más realista que sea su ayuda. Este recibe alojamiento, diversiones, seguros, etc., sin poder mejorar su autodecisión mediante un mejoramiento económico que le procure más autorrealización. ¿Cómo puede seguir siendo él mismo y mantener un orgullo y una libertad legítimos a través de todos estos vínculos? Tal vez en el campo religioso la organización de las parroquias y de sus obras, una enseñanza religiosa abstracta y alejada de la vida y la asimilación de un cristianismo frecuentemente de obediencia ciega y sin formación auténtica de las conciencias, contri-

buyen a aumentar la pasividad de los que tienen contacto con la Iglesia.

La colectivización general de la vida de nuestra época y su burocratización, nivelan y disminuyen o aniquilan la actividad propiamente personal y aumentan el reino del hombre-masa bajo la dominación de propagandas y publicaciones. Por lo demás se podría preguntar si la creación del hombre-masa habría sido posible sin el embrutecimiento y la despersonalización propias del maquinismo industrial y sin las aglomeraciones anónimas de pobres alrededor de las industrias modernas.

En conjunto, las consecuencias de esta pasividad en el trabajo, en la asistencia social, en la vida cotidiana y en el ambiente general son diversas y de vez en cuando contradictorias. Tal vez se advierta una especie de depresión tanto física como psíquica, una psicastenia, una especie de hipnosis. Otras veces se trata más bien de una hipertensión o hiperexcitación nerviosa casi incontenible, una necesidad de violencia, una especie de desarreglo repentino y poderoso tanto del individuo como de determinados ambientes pobres.

En general, estas pasividades explican la apatía frecuente del pobre en la vida social, política y hasta sindical. El pobre se deja sumergir más fácilmente que los miembros de otras clases en corrientes colectivas. No obedece al dirigente más razonable sino al que habla con más envergadura y que sabe despertar sus instintos profundos. El pobre, muchas veces, sigue por unión afectiva o instintiva y no por aprobación intelectual el rumbo propuesto.

3. Factores despersonalizadores.

Cuando observamos los factores que contribuyen a la *despersonalización* del pobre, podemos comprobar que en las empresas no le quedan muchas posibilidades de iniciativa o de autorrealización. En todas partes tiene que sentirse inferior a causa de su poca cultura y de su

poca capacitación. Dentro del mercado de trabajo no se le considera tanto como persona sino más bien como "elemento" de trabajo y producción. Esto es particularmente claro donde los empresarios evitan darle las prestaciones sociales.

Las condiciones de alojamiento también tienen una fuerza degenerativa muy fuerte. El ambiente material está estigmatizado por la pobreza: barracas, casas destruidas, inquilinatos superpoblados, condiciones higiénicas malas, falta de pavimentación y de aseo en las calles, etc. El denominador común de la vida familiar es igual para todos: hacinamiento, mala nutrición, diversiones limitadas y semejantes, los mismos tragos en el bar, los mismos elementos en todas partes, todo lo cual hace semejantes las almas de los pobres. A la larga son casi intercambiables y se comprende, por ejemplo, que las familias pobres no piensen en protegerse contra la promiscuidad. Todos los pobres, tanto los hombres como las mujeres y sus hijos, están muy cerca los unos de los otros y son muy semejantes. Su contagio recíproco es casi inevitable a causa de las condiciones en que viven.

Esta despersonalización se aumenta por el carácter administrativo e impersonal de los múltiples servicios o colectividades de los cuales depende. El seguro social, el sindicalismo y las parroquias urbanas se dirigen a demasiados individuos como para poder conocer a cada uno. La familia y el hogar de los pobres se contentan con ser apenas una unidad de vida para las comidas, para la noche y para algunos domingos.

En resumen, se puede comprobar que la vida psíquica del pobre difícilmente puede elevarse a ser una personalidad desarrollada. Hay excepciones, pero éstas se han beneficiado de circunstancias favorables extraordinarias o de talentos individuales muy grandes. No es la culpa de la clase humilde el que no disponga de personalidades fuertes. Las virtuales élites de esta clase de que dispone

Latinoamérica no pueden ordinariamente convertirse en élites reales. La mayoría de los pobres no tienen las condiciones para poder convertirse en "personas", en el pleno sentido social de la palabra.

El pobre no se comporta de una manera muy racional; no reflexiona mucho. El desarrollo de sus potencialidades psíquicas y espirituales queda frustrado. La explicación general de esta inferioridad psíquica tiene que buscarse en la miseria habitual de estas gentes.

La vida de los pobres es muy dura, se marchita más rápidamente, su resistencia física es menor. En el ambiente de los pobres se muere más prematura y fácilmente. Además, ordinariamente, los ingresos son inferiores al mínimo vital. Los alojamientos muchas veces son insuficientes. Como dice Proudhon⁵: "En cada momento hay hambre. Esta hambre que se compone de todas las privaciones y de todas las penas; el hambre que mina al cuerpo, enerva el espíritu, desmoraliza la conciencia, engendra los vicios, entre otros la embriaguez y la envidia, al disgusto por trabajar y ahorrar, la bajeza, la indelicadeza de conciencia, la grosería de costumbres, la pereza, la prostitución y el hurto".

B) Aspectos particulares de la desintegración de la persona en los ambientes pobres.

1. Falta de superación de instintos e impulsos.

El pobre siente en primer lugar las necesidades elementales (conservación de sí mismo, alimentos, sexualidad, sueño, alojamiento), porque no puede satisfacerlas plenamente y las siente como compensación de su soledad y frustración humanas, como nos parece ser el caso en su libertinaje sexual. Al tratar este último fenómeno con frecuencia se

⁵ PROUDHON, P. J.: *Guerre et Paix*. Paris, 1861, págs. 349-350.

habla de ignorancia, de falta de educación moral y de falta de responsabilidad a causa de lo cual las ciegas pasiones humanas pueden desahogarse desenfrenadamente. Sin duda todos estos elementos tienen su papel, pero una explicación más profunda estriba en la frustración de la persona del pobre que busca sus compensaciones narcóticas de felicidad fragmentaria en el calor humano, donde el subdesarrollo de su personalidad no alcanza un amor que abarque todo su ser, tanto en sus aspectos más espirituales de resonancia existencial como en sus aspectos físicos. El deseo de satisfacción de sus impulsos elementales invade su conciencia y sofoca las tendencias más altas. Y cuando los instintos elementales pueden recibir su satisfacción normal o compensatoria, se hacen valer más fuertemente que en otros hombres a causa del puesto enorme que han tenido en la conciencia durante los periodos de insatisfacción o a causa de una frustración de felicidad humana auténtica que tiene que contentarse con lo fragmentario y que substituye la verdadera felicidad por el placer, que es sólo su sombra. El derroche que en ocasiones se ve de gratificación no se explica solamente por el hecho de que tal gratificación no abre, en la totalidad de la miseria, ningún camino hacia un futuro mejor, sino más bien por la necesidad de compensar narcóticamente demasiados sufrimientos y desolaciones cotidianas. Este narcótico consiste en olvidar todo lo ordinario comiendo y bebiendo sin freno y sumergiéndose en el encanto del amor humano pasajero, cuyas consecuencias desordenadas constituirán una nueva dosis de frustración humana para el día de mañana. El conjunto del psiquismo del pobre tiende a concentrarse sobre un nivel elemental.

El uso de una jerga propia para indicar las cosas y personas más respetables es algo muy corriente entre los pobres de las aglomeraciones urbanas. Es una señal y una consecuencia de la degra-

dación del psiquismo. Si el uso de las palabras ya no es respetuoso, es porque las cosas mismas ya no se respetan. Esta degradación afecta también las palabras para indicar el hogar, la esposa, los hijos, la comida, el sueño y la vida sexual.

La violencia de las relaciones afectivas es otro síntoma de la degradación psíquica del pobre que tiene que vivir en la irritación del hacinamiento de inquilinatos. Hay enojos y gritos violentos en su ambiente. Los hombres riñen con sus mujeres y les pegan igual que a sus hijos. Las mujeres se contagian de la misma conducta de sus maridos y los tratan muchas veces de manera similar. La violencia de las riñas es casi igual a la impulsividad y crudeza con la que la gente se abraza y se acopla. El pobre, en su desolación, no sabe resistir a la atracción de las grandes pasiones. En contraste con otros ambientes, no las disimula. Muchas veces para él los ritos de la vida conyugal son de simplicidad sin intimidad.

En muchas ocasiones la pobreza no retarda sino que apresura la edad del matrimonio. Y a pesar de los escasos ingresos, los pobres tienen más hijos que las otras clases sociales de la ciudad. En conjunto, parece que el hombre está más cerca de la naturaleza que de una alta moralidad espiritual. La omnipotencia de las tendencias primitivas se revela también en el campo del altruísmo. El pobre tiene una generosidad y compasión fáciles. Tiene el corazón en la mano. Muchos demagogos populares saben perfectamente que las masas no se conquistan con razonamientos. Buscan tocar el alma humana en sus profundidades misteriosas, en la frontera entre lo carnal y lo espiritual, en sus instintos. Todo el éxito depende de la capacidad de elegir entre los instintos más emotivos. A esto se añade que el espíritu crítico no está muy difundido entre los pobres. Hay personas de las cuales aceptan todo y otras de las cuales no creen nada. Los demagogos en los cuales tienen confianza logran convencerlos fácilmente.

Pero otros demagogos pueden darles, con no menos facilidad, convicciones opuestas. Muchas veces el último orador tiene razón. Aceptan con un simplismo enorme las acusaciones contra sus patronos, contra los ricos o contra el gobierno. Esta ausencia de espíritu crítico con respecto a las palabras de otros o con respecto a sus propias opiniones es una de las señales más evidentes de lo que se llama "falta de educación".

2. Falta de autoconciencia.

También la autoconciencia es rara en el pobre. No tiene el sentido crítico para ver de frente su propia vida y su propio ser a fin de descubrir la causa de fracasos anteriores, comprobar cualidades que puede desarrollar o fallas que puede extirpar. Está dominado por su ambiente y por los acontecimientos: no *crea* su propia vida.

Si es verdad que la moralidad no existe antes de que se despierte la autoconciencia, se puede entonces decir que la vida de muchos pobres es inframoral o premoral, lo cual es algo diferente de una vida inmoral o amoral. El pobre reflexiona poco y escasamente controla sus actos o sus palabras. No está presente frente a su propia vida. Su subjetividad se ha despertado poco.

El pobre vive en el presente y saca provecho de los raros beneficios de éste, por ejemplo, gastando inmediatamente el dinero para beber y comer y para cosas absurdas. No se ocupa mucho de prever. Con respecto al dinero, al alojamiento, al trabajo y a la educación de sus hijos es poco previsivo. Por otra parte, ¿cómo es posible prever una condición allí donde la inseguridad es la regla? Es casi imposible que los padres se preocupen por dejar una herencia material a sus hijos. Apenas piensan en procurarles una especialización profesional. Lo más importante es que el hijo contribuya a ganar algo para la familia.

3. Falta de sentido de realidad.

Entre las cualidades más altas de la conciencia se encuentra el "sentido de realidad" que asegura el contacto y la síntesis entre la totalidad del individuo y la totalidad del mundo físico y social. ¿Posee el pobre esta cualidad? Parece que no. Cuando razona no logra darse cuenta de todo. Hasta cuando se trata de sus propios intereses, el pobre no tiene suficiente experiencia ni una opinión amplia para razonar con un realismo perfecto. Particularmente en el mundo obrero se comprueba un gusto excesivo por los "principios". Los ponen en juego, muchas veces, con respecto a hechos sin importancia: un aumento mínimo de sueldo, etc. Presentan el inconveniente evidente de estar muy lejos de lo real y de provocar muchas miserias individuales y familiares, como es el caso, por ejemplo, con el principio de solidaridad en una huelga. Es al mismo tiempo la gloria y la debilidad del mundo obrero saber luchar en nombre de grandes principios; debilidad cuando se trata de falta de proporciones y de una falta de comprensión del conjunto de los problemas. Muchos observadores han notado el sentimiento del pobre. El pueblo piensa con el corazón. El intelectual presenta más razón en su discurso, pero está más lejos del obrero que escucha. Provoca sorpresa, pero no una adhesión del corazón. Una apelación al sentimiento hace caer toda resistencia. Basta una palabra sencilla directa, un ejemplo concreto. En estas condiciones el pobre se deja arrastrar a extremos sin dificultad.

4. Embrutecimiento.

Tanto las caras como las manos y el andar de los pobres son rudos, pesadamente marcados por la fatiga, las necesidades, la miseria. Los niños tal vez tienen todavía rasgos de fineza delicada, pero pronto estarán como sus padres, inmersos en la maquinaria de la vida. Los talentos latentes no se desarrollarán.

La limpieza del cuerpo prácticamente no es posible a causa de la estrechez y la incomodidad de los alojamientos. La gente se contenta con lavarse la cara y las manos. Además, también en sus costumbres y apreciaciones el pobre se distancia sin reflexionar del mundo burgués. En el mundo obrero se nota una inclinación a rechazar todo lo que viene de un mundo que muchas veces entorpece su propio desarrollo. La dirección de una gran empresa que había construido casas para sus obreros, tuvo la gran sorpresa de ver que varios obreros no querían aceptarlas. La razón no fue formulada explícitamente. Sin embargo, tal gesto se puede interpretar no sólo como una oposición contra la dependencia de la empresa hasta en la vida privada, sino también como una reafirmación de sí mismo contra el ambiente burgués.

También la esposa del pobre, inclusive cuando no trabaja en la fábrica, ha sido degradada por las condiciones humanas en que vive. Muchas veces se ha vuelto una especie de máquina "una máquina para hacer niños", una máquina para procurar unos momentos de placer, una máquina para cocinar, para lavar, para limpiar. En el ambiente de los pobres, tanto las mujeres como los hombres se embrutecen por sus condiciones de vida; no logran elevarse a niveles propiamente humanos de la espiritualidad vivida.

En resumen, puede decirse que los pobres de las ciudades grandes tienen algo frustrado e inculto. La cultura verdadera, no aquel aumento en el número de ideas procurado por la instrucción escolar sino el desarrollo de todas las potencialidades del alma que permite al hombre situarse en el universo, la cultura verdadera, repetimos, o sea la vida con un profundo sentido de la existencia humana que se encuentra en muchos campesinos analfabetos, se pierde rápidamente en las aglomeraciones urbanas pobres. Las condiciones para entrar en

la cultura, que no son tanto la enseñanza escolar cuanto la vida interior, el conocimiento de sí mismo, la independencia de espíritu, la libertad interior, etc., no están a su alcance. Tienen otras necesidades más urgentes que satisfacer.

5. *Falta de diferenciación de talentos.*

Un alma es rica cuando es grande el número de registros que ella misma puede utilizar, cuando es más o menos ilimitada la suma de intereses y muy elevada su cualidad, cuando la cantidad de funciones psíquicas en actividad es importante y cuando la mayoría de ellas ha recibido un desarrollo normal. Esta riqueza interior se puede medir fácilmente según el número de objetos que provoquen espontáneamente la atención del sujeto.

¿Se encuentra todo esto en el pobre? Una participación más intensiva en la vida del mundo obrero latinoamericano revela un talento humano más grande que en ambientes obreros anglosajones, donde en el curso del último siglo las condiciones económicas de los obreros se han mejorado tanto que los talentosos de las generaciones jóvenes han podido emanciparse y subir en la escala social. Esta emancipación ha sido al mismo tiempo una matización y diferenciación de talentos de modo que el carácter del mundo obrero anglosajón ahora está más bien determinado por una incapacidad psíquica de ascenso. El talento humano en la gran masa popular latinoamericana se advierte muchas veces en el contacto inmediato con esta gente. No obstante, todavía es un talento anónimo, apenas consciente de sí mismo y sin posibilidad de emanciparse con propios medios económicos. El talento de la clase pobre no ha podido matizarse y diferenciarse todavía. El ofrecimiento de becas a algunos componentes jóvenes de esta clase humilde no parece corresponder a la cantidad de talentos latentes. También bajo este aspecto, esta capa de

la sociedad constituye una reserva humana enorme para el futuro. El camino hacia la realización de este talento oculto y latente se despejará plenamente cuando el nivel de vida de esta gente se haya elevado. Mientras tanto, continuará en pie el hecho de que la instrucción popular se ha desarrollado muy poco. El pobre posee muy escasos conocimientos. El joven comienza a trabajar en el momento en que es apto para adquirir conocimientos. La cultura "cuesta" mucho, particularmente en Bogotá. Prácticamente el pobre está excluido de las fuentes clásicas de la cultura. Envuelto en la dura lucha por la vida, le cuesta un esfuerzo enorme entender algo de nivel cultural.

6. Falta de responsabilidad.

Todos los que conocen de cerca el ambiente de los pobres de Bogotá señalan una falta de responsabilidad del hombre con respecto a su hogar. Ni una educación seria, ni la vocación y el desarrollo de sus hijos, ni la felicidad de todos, ni la vida moral le preocupan mucho. Se pierde en sus pasiones narcóticas. Es como si el hombre tratase las responsabilidades hacia personas como responsabilidades hacia cosas, o sea, huye de las responsabilidades verdaderas, más altas, con las cuales tendrían precisamente que desarrollarse sus valores auténticamente humanos. Prácticamente deja toda la responsabilidad del hogar a su esposa y parece sentir poca culpabilidad cuando la abandona. Los pobres apelan preferentemente a la colectividad. Esta deficiencia en las responsabilidades de la familia y la común apelación al Estado o a instituciones de beneficencia son quizá consecuencia de la poca responsabilidad que en el pasado tenían para realizar su propia vida y su propio futuro y esto como consecuencia de una dependencia total de sus patronos. Quizás sea también la dureza de la vida, demasiado grande como para poder afrontarla. Se comportan como

hombres acabados, sin darse cuenta, y se dejan absorber por las pocas atracciones del momento en forma de compensación, descomponiendo, de esta manera, sus hogares y sus personas mismas.

7. Simplificación psíquica.

De las muchas tendencias que cada hombre tiene, sólo un número muy pequeño puede desarrollarse en el alma del pobre. Es nuevamente un síntoma de la pobreza interior y este hecho contribuye también a mantener su psiquismo en un nivel inferior. Todo lo que se refiere al estudio de la belleza, a la curiosidad intelectual, a una aspiración de variar las cosas, a una simpatía larga y profunda, a una ternura verdadera, a la benevolencia, etc., son sentimientos que tienen poco lugar en la conciencia del pobre. Sus condiciones de vida se lo impiden. Ahora bien, una tendencia y un talento que no pueden desarrollarse en el momento normal de su despliegue, se pierden casi definitivamente. En sus gustos el pobre posee un simplismo bastante grande y se contenta con facilidad. En la vida afectiva del pobre se efectúa una estereotipización muy acentuada.

La simplificación afectiva se muestra aún más en las mujeres pobres. Son prematuramente viejas, tanto física como psíquicamente. Pierden la delicadeza, la firmeza, el cuidado de la persona, el gusto por la limpieza, la apertura a las cosas del alma que son características femeninas. La pobreza interior del pobre es muchas veces la imagen y también la consecuencia de la pobreza de su nivel de vida y de su sueldo. Su pobreza interior, su impotencia para alcanzar los niveles elevados de la conciencia y para realizar las condiciones de la vida personal, tienden a cambiar al pobre, en todos los campos, en un ser humano inferior. Muchos aspectos de esta inferioridad son una consecuencia del hecho de que las condiciones de vida de los pobres sean condiciones inhumanas.

8. Complejo de inferioridad.

En torno al pobre se exhibe la riqueza. Siente en carne viva su miseria frente a ella: miseria de su alojamiento, de sus muebles, de su comida, la cara prematuramente envejecida de su esposa, el semblante pálido de sus hijos. Hay cierta semejanza entre la miseria y el infierno: impotencia para salir de ellos, ausencia de esperanza.

El pobre tiene una continua experiencia de su inferioridad. Cuando de él se trata, pueden hacerse promesas vanas, puede resolverse un problema con una palabra amable, dar una gratificación ínfima cuando se esperaba un aumento substancial, etc. Es una inferioridad terrible. Los pobres forman una clase despreciada, asistida con beneficencia o con condescendencia paternalista. Cuando se es inferior se siente el desprecio muy fácilmente: una mirada, una entonación, un gesto, un olvido.

9. Resignación sorda.

Cada represión comienza a provocar un sufrimiento y cuando éste se prolonga, se transforma en un estado de tristeza. La tristeza producida por la frustración de la persona en el ambiente de vida crece en el pobre en virtud del sentimiento de ineluctabilidad de su condición. Las desilusiones continuas provocan una resignación sorda, una falta de coraje frente a la acción.

Con respecto a los poderosos y los ricos, la primera actitud muchas veces es la de la sumisión. Se cumplen las órdenes más rápidamente en la medida en que son dadas de una manera imperativa. De vez en cuando se asume una puntualidad sorprendente y de ningún modo exigida por los jefes. Hasta se prevén los deseos de los patrones o supervisores. Esta docilidad y este servilismo, que provienen, en primer lugar, del miedo que es consecuencia de la inseguridad de vida —y que están además cargados de un afán por obtener favores—, tienen

poco valor moral. Sería muy ingenuo que un patrón estuviese contento con un servilismo tal. Se trata de una deformación psíquica y moral. El pobre se hace pequeño para pasar inadvertido y para pasar por la tempestad con la superficie más pequeña posible. Aprende a mimetizar sus propios sentimientos y resentimientos. Dice mentiras para tener acceso o para lograr favores.

10. Rencor.

El rechazo de la situación de inferioridad se manifiesta en nombre de la conciencia moral. Antes de llegar a reacciones más duras, el resentimiento conduce de vez en cuando al pobre a rehusar todo lo que tenga una apariencia burguesa: el lujo de sus apartamentos, o de sus vestidos, sus maneras, su cortesía, su lenguaje correcto, sus periódicos, etc. Se puede ver bajo esta luz la negativa de los obreros a aceptar casas construídas en su favor por las empresas.

El pobre desconfía muchas veces de todos los que no son compañeros de su inferioridad. Sospecha de todo y de todos.

El pobre sutilmente procura inferiorizar ante sus propios ojos a los que él llama superiores. Las calificaciones más ofensivas, formuladas en la jerga más baja, son lanzadas en todas las direcciones. Se acusa al mundo burgués, a los políticos, al Estado y, eventualmente, a la Iglesia, de todos los crímenes posibles. Acusaciones tales que impresionan hasta a los exponentes de las clases altas, que por preocupación y conmoción sociales idealizan la clase de los pobres, viendo todos los heroísmos a un lado y todos los vicios al otro. En las clases altas se encuentran siempre más personas con apertura mental suficiente para romper las barreras del egoísmo, a veces en forma de rencor contra su propio ambiente que los frustró, a veces por sincera comprensión de las fallas del pasado. El pobre no tiene dificultad en encontrar virtudes en su propia clase que

sobreestima, una supervaloración fácilmente confirmada por exponentes desequilibrados de otras clases. Sin embargo, la realidad es bastante triste para luchar contra ella sin exageraciones, sin simplismos y con una sincera voluntad de defender y promover la dignidad humana. Basta una entrega positiva a la

emancipación de los pobres basándose en valores humanos positivos y no en rencores negativos.

En cuanto a los análisis anteriores, cf.: SIMÓN LIGIER: *L'adulte des Milieux Ouvriers*. Tome I: Essai de Psychologie Sociale. Paris. Editions Ouvriers, 1951.

BIBLIOGRAFIA

Instituto de Crédito Territorial. *La demanda de vivienda en los programas del ICT y las condiciones socio-económicas de los solicitantes*. Informe presentado al VII Congreso Nacional de Ingenieros. Cartagena: agosto, 1964.

KEYSERLING, H. DE: *Méditations Sud-américaines*. Paris: Ed. Delamain, 1932.

FROM, ERIC: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Méjico: Fondo de Cultura, Económica, 1960.

WILBOIS, J.: *Nouvelle Organisation du Travail*. Cahiers Nouvelle Journée, N° 36. Bloud et Gay, Paris, 1937.

SOIGNIES, PH. DE: *Culture et Milieux Populaires*. Tournai: Casterman, sin fecha.

PROUDHON, P. J.: *Guerre et Paix*. Paris, 1861.

LIGIER, SIMÓN: *L'adulte des Milieux Ouvriers*. Tome I, Essai de Psychologie Sociale. Paris. Editions Ouvriers, 1951.

CURRIE, LAUCLIN: *Operación Colombia*. "Anales del Congreso", N° 198, Bogotá. Colombia. Policía Nacional. *Criminalidad en 1962*. Bogotá. Edit. El Voto Nacional, 1963.

PLAQUEVENT, J.: *Miseria sin nombre*. Buenos Aires, Edit. Carlos Lohlé, 1959.